



Francisca Fernández, 70 años.
Itziar Matamoros, 21 años.

Tomando un café con el tiempo

El 21 de junio de 1936 comenzaba un verano que marcaría la historia de España para siempre; ese día nace Francisca Fernández- Paquita para sus familiares y amigos-, en La Carlota (Córdoba) Sesenta y nueve años más tarde, cuenta cómo ha sido su vida hasta el momento, y la manera en la que han cambiado las cosas a la forma de ver de una persona que ha sobrevivido a una guerra, a una posguerra y a un régimen dictatorial, donde no había demasiado espacio para la libertad individual.

Fue la menor de once hermanos, por lo que recuerda su casa siempre llena de gente y actividad. Reconoce que la educación era mucho más rígida que como lo es ahora, porque había, según sus propias palabras "mucho respeto, aunque nunca miedo" hacia las personas adultas. La hora de cenar era el momento en el que todos se reunían, ya que su padre y sus hermanos varones trabajaban en el campo durante todo el día. Las reglas eran muy claras: nadie comenzaba a comer hasta que no estaban servidos todos los platos, no se levantaba nadie hasta que los padres acabaran y no era de buena educación visitar a los vecinos en el momento de las comidas, ya que lo que se comiera en cada casa era un asunto íntimo y privado propio de cada familia.

Pese a que disponían de una vivienda grande y prácticamente se autoabastecían gracias a las higueras, melocotoneros y a los animales de granja que la familia poseía, en plena posguerra no había demasiado dinero. De hecho, nos cuenta Paquita: "no recuerdo haber visto dinero en efectivo en mi casa"; los niños disponían de unas zapatillas que habían de durarles todo el año, de tal manera que, cuando se rompían por la punta, su madre las cosía hasta que aguantaran y las teñía de blanco con aballarde, remedio no apto para los días de lluvia, pues tendían a desteñirse. Siendo la menor, casi nunca estrenaba ropa nueva, sino que la heredaba de las hermanas más mayores, aunque sí recuerda aquel vestido color de rosa que le cosió su madre para ir a la Feria, que era el gran acontecimiento del año y se reunían varias familias del pueblo para almorzar juntas. Paquita era una niña despierta y solía jugar con las chicas "más pudientes del pueblo": la hija del alcalde, la del médico, la del secretario... "Después me invitaban a merendar a sus casas y yo me daba unos festines... comía incluso chocolate que, en mi casa, ni verlo", relata. Una caja de botones o un puñado de alfileres era suficiente para pasar horas jugando: las niñas se reunían y demostraban su habilidad apoyando los botones en la pared y soltándolos para ver cuál caía más lejos, asimismo se entretenían de manera similar utilizando "bonis" (alfileres con cabeza de colores) La Corosa es otro de los juegos que Paquita recuerda, en el cual había que dibujar unos cuadros en el suelo e ir arrastrando una piedra con el pie hasta pasar por todos los cuadros.

Al finalizar la guerra, época en la que Paquita cuenta con escasos años, a las familias se les da una "cartilla de racionamiento", con una pequeña pieza de pan, algo de harina, arroz, azúcar..., fuera de esos bienes no está permitido comprar ningún alimento adicional. Es en este punto cuando las familias- más aún las numerosas- tienen que inventar pequeños trucos para conseguir comida. Uno de los hermanos varones de Paquita trabaja como sereno y camina, de noche, hasta una panadería para comprar una o dos hogazas de manera clandestina para la familia. En ese momento, como cada día, el padre se levanta de madrugada, ya que tiene que



andar kilómetros hasta el campo- es cortador de olivos- y prepara a todos sus hijos unas rebanadas de pan con aceite y azúcar. "¡Qué alegría el primer día que nos trajo el pan a la cama- recuerda- con el hambre que teníamos!" Intenta traer cada día algún alimento: una cebolla, una cabeza de ajo... que completen la escasa cartilla de racionamiento a repartir entre tantas personas. Sin embargo, los vecinos del pueblo se encuentran en la misma situación y pasan a pedir un trozo de cebolla o un poco de pan siempre que pueden. El Estado proporciona sólo un paquete de arroz, por lo que, si lo cocinan un día, ya no queda para el resto; así que las señoras deben de hacer uso de su imaginación para crear nuevos platos. Una vecina (la misma que siempre pide cebollas) llega a casa de la familia de Paquita una mañana y cuenta a la madre que si muele el trigo limpio- sin piel- y lo guisa de la misma manera que el arroz se obtiene un plato muy suculento. Lo llaman "arroz de Franco". Esa misma noche, la madre de Paquita se anima a cocinarlo con un sofrito, pero su marido, al probarlo, decide echárselo a los pollos "Decía- comenta entre risas- que "eso" se lo comiera Franco, si quería"

La Semana Santa es una gran fecha. La cocina está llena de repletas fuentes de torrijas, arroz con leche y gachas de harina con azúcar y picatostes. Se tiene por costumbre bajar el domingo de Ramos al campo para coger ramas de olivos. Todo el pueblo se reúne en las procesiones religiosas. "Era el único momento en el que mi madre podía asistir a una procesión, ya que el resto del año tenía demasiado trabajo con los once hijos como para poder ir a la Iglesia. Así que cuatro días antes empezaba a cocinar para dejarlo todo listo" Los Reyes Magos olvidan a algunos niños en esta época "Como mucho, nos dejaban un puñado de peladillas o varios caramelos de sabores. Un año, cuando mis hermanas más mayores ya vivían en Madrid, me enviaron dos muñecos de madera: un negrito y una negrita. Allí, casi nadie tenía juguetes. Todas las niñas del pueblo vinieron a ver mi regalo de Reyes"

Una de las cosas que más llama la atención si lo miramos desde la perspectiva actual, es el tema del luto, que era un uso social muy arraigado. Esta antigua tradición, cuyo origen ni siquiera es europeo, comenzó con la superstición que, cuando le habías hecho mal a alguien en vida, se creía que, al morir, su espíritu te perseguía y de ahí el vestirse de color negro, para ocultarse ante los ojos del espíritu. Sin embargo, entonces era una costumbre muy usada y Paquita sólo recuerda a su madre con trajes de color oscuro. "Mi padre ya estaba harto de verla siempre de negro", cuenta. El día que muere su abuela paterna, la madre había vestido a todos sus hijos de luto: las niñas con lazos y calcetines negros, los varones con una franja de tela negra cosida en las camisas, pero cuando el padre llega a casa, exige que todos se quiten esos trajes, cree que el luto debe llevarse en el corazón, pero no en la indumentaria.

Quince años tiene Paquita cuando se mudan a Madrid. Poco después, su madre sufre una enfermedad y el matrimonio regresa al pueblo, así se queda en casa de una de sus hermanas. Su cuñado es militar al servicio del Estado, por lo que reside en los pisos cercanos al Hospital del Aire que se destinan a los militares en activo. Allí comienza a vivir con su hermana, su cuñado y los doce hijos de éstos. Nos encontramos a mediados de los cincuenta, cuando ya ha pasado la inmediata posguerra y las épocas más duras y ya, incluso, está permitido comprar alimentos. "Éramos tantos que íbamos al Economato del Paseo Moret con el coche del ejército y nos tenían que ayudar los soldados a llevar el suministro" Los soldados, además, llevan cada mañana el pan a la casa de sus superiores. "A pesar de todo, yo comía mucho peor allí que en casa de mis padres", reconoce. Había poco y eran muchos, seguían siendo tiempos difíciles.



Allí conoce a dos amigas, ambas hijas de militares, con las que pasa las horas del domingo caminando por el Paseo de Rosales. El resto de la semana no se puede salir y las nueve de la noche en verano ya es demasiado tarde para que los jóvenes paseen por la calle. En los cumpleaños, las madres lo festejan con una merienda en casa a base de sandwiches y refrescos. "Mis amigas y yo lo pasábamos muy bien, e incluso, una vez, ya cuando éramos más mayores, fuimos al Pasapoga, que nosotros llamábamos "Pasa y paga", eso sí, acompañadas de un cadete del Ejército y de un hermano de ellas"

El cuñado de Paquita se jubila y tiene que marcharse de los pisos. "Mi hermana se negaba a ponerme a servir y yo no quería volver al pueblo" Entonces comienza a hospedarse en casa de otra de sus hermanas, en una vivienda cercana a Arturo Soria Es en ese momento cuando conoce a Paco, el que es hoy, y desde hace cuarenta y cinco años, su marido. También es andaluz y trabaja "de patrona" en la casa de al lado, así que la hermana de Paquita los presenta y se enamoran en poco tiempo. Están dos años paseando cada domingo en compañía de su hermana y su cuñado. "Éramos novios, pero no podíamos ir cogidos de la mano, ni mucho menos besarnos. Eso era un pecado" Después, Paco hace el Servicio Militar y, al regresar, la hermana de Paquita les recomienda que se casen y se van a vivir a García Noblejas.

Corren los años sesenta y el problema de la vivienda es bastante grave para un matrimonio joven. "Hemos tenido tres casas desde que nos casamos, todas de alquiler. Para ello, mi marido trabajaba muchas horas: era dueño de una peluquería, pero además, por las noches, tenía que ir a una fábrica de café. A mí me veían sola con los niños y siempre me preguntaban si era viuda"

Hoy, en una cafetería del centro de Madrid, Paquita abre la caja de sus recuerdos de infancia y juventud. Es una persona muy activa que dedica sus tardes a múltiples actividades, estudia cultura y ecología y los viernes va al gimnasio, además de ser madre de cinco hijos.

Lo importante de la vida

Nació al comienzo de una guerra, convivió con doce personas durante años y residió en los edificios del Ejército de Madrid. Después de una vida como la de Paquita, deben de haberse vivido todo tipo de momentos y experiencias que enseñan y forman sobremanera a la persona. En conclusión, lo que ella considera más importante de la vida, después de estos casi setenta años, es la familia. Cree que teniendo una familia unida, con comprensión y apoyo entre sus miembros, los grandes problemas se suavizan; así que lucha cada día por mantener así la suya, siguiendo el ejemplo que le inculcaron sus padres. Aunque quizá es un valor que, de alguna manera, se está perdiendo, o, al menos, cambiando entre las nuevas generaciones. La familia comienza por la pareja, con la que, reconoce, hay que discutir a veces, pero, con paciencia, también este tipo de problemas resultan ser pasajeros. Otra de las cosas que cree que una madre debe vigilar son las amistades de los hijos, que, aunque, por lo general, pueden ser beneficiosas y necesarias, también pueden ser muy perjudiciales si no son buenas amistades "Es muy importante saber escoger", me dice, de alguna manera, como consejo que pueda guardar para el futuro.



Considera que la vida es mucho más dura de lo que los jóvenes creemos y que, si la vida son dos días, uno y medio lo pasamos sufriendo, aunque todo tiene su compensación y hay que saber aprovechar lo que tenemos en cada momento, por poco que nos parezca. A pesar de todo esto, Paquita se muestra con una visión optimista, propia de las personas que saben sacar lo mejor de cada situación. De esta manera, según ella misma, todo esto es lo más importante que ha aprendido en su vida.

